Nelson Himiob

ALVARO GUAICA



NELSON HIMIOB



ALVARO GUAICA

Cuadernos de la "Asociación de Escritores Venezolanos"

Editorial "Elite"
Caracas - 1938

CUADERNOS LITERARIOS
DE LA
ASOCIACION
DE ESCRITORES VENEZOLANOS

PUBLICADOS:

Nº 1. — "FOGATA", comedia dramática por Julián Padrón, 1.000 ejemplares (agotada).

Nº 2.—"AMBITO Y ACENTO", ensayo por Ramón Díaz Sánchez, 1.000 ejemplares.

Nº 3.—"TAMBOR", poemas para negros y mulatos, por Manuel Rodríguez Cárdenas, 1.500 ejemplares.

Nº 4.—"3 CUENTOS VENEZOLANOS", por Guillermo Meneses, 1.500 ejemplares.

Nº 5. — "ESTUDIOS CRITICOS", por Jesús Semprún, 1.500 ejemplares.

Nº 6.—"ALVARO GUAICA", novela por Nelson Himiob.

PROXIMO NUMERO:

"LA RESPUESTA DEL OTRO MUNDO", sainete por Leopoldo Ayala Michelena.

Esta edición de 1.500 ejemplares es propiedad de la Asociación de Escritores Venezolanos

Printed in Venezuela.
Impreso en Venezuela

NELSON HIMIOB

★

ALVARO GUAICA

Cuadernos de la "Asociación de Escritores Venezolanos"



Editorial "Elite"
Caracas 1938



OBRAS PUBLICADAS DEL MISMO AUTOR:

"Giros de mi Hélice", cuentos.—Editorial Elite, Caracas, 1930.

"La Carretera", relato.—Editorial Elite, Caracas, 1937.

En su habitación, situada en el sexto piso del hotel, Alvaro Guaica, hundido en una butaca, lee un libro despaciosamente. De pronto, en un desvío involuntario de los ojos, percibe cerca de la puerta un menudo trozo de papel. Continúa la lectura como si nada hubiese visto, pero al cabo de algunos segundos se da cuenta de que no está comprendiendo lo que lee. El trocito de papel distrae su atención. Sin embargo, no quiere mirarlo.

—Seguramente permanecerá allí, — murmura — con uno de sus extremos doblado, y el otro, el agudo y en forma de lanceta, de frente hacia mí, como si se creyese de acero y pretendiese asesinarme.

Piensa que el no desear mirarlo pudiera ser una subconsciente manifestación de cobardía. Y en seguida le clava los ojos. Sonríe luego de esta pueril minucia y pretende de nuevo engolfarse en la lectura. Mas continúa sin comprender. Toda su atención hállase ocupada por el trocito de papel. Molesto, se pone en pie, lo pinza con los dedos y lo echa al cesto. Vana-

mente. Desde el cestó persiste en intranquilizarlo. Rabioso ya, abre la puerta y lo arroja, después de haberlo hecho trizas, fuera de la habitación.

—¡A ver si así me deja leer! — exclama.

Cierra la puerta y se dirige otra vez a la butaca donde se hallaba sentado. Mas no llega a ella, porque se detiene frente a la luna del armario que a su paso reflejó un hombre que no era él. Al menos así le pareció al principio y por eso se detuvo. Ahora comprende que fué una simple imaginación. En el espejo aparece tal cual es: alto, cenceño, con el largo rostro huesudo, las anchas órbitas sombreadas donde lucen unos ojos vagarosos, el cabello ralo de entradas cada vez mayores por los efectos de la calvicie incipiente, y la larga nariz ganchuda. Después de observarse con detenimiento, dice en alta voz:

—Soy, sencillamente, un calvo narigudo.

Temeroso de que lo haya oído alguno de los huéspedes del hotel, salta hacia la puerta, pega en ella la oreja y mira por el orificio de la cerradura. No se oye nada ni se ve nada. Luego de asegurarse de que el pestillo está pasado, vuelve frente al espejo, suelta la risa y acto seguido se pone a hacer muecas, ayudándose con los dedos. Y ora ensancha la boca, de arriba abajo, de derecha a izquierda, hasta donde lo permite la elasticidad de la piel; ora alarga las órbitas para que los ojos muestren un tipo asiático; ora vuelve del revés los párpados; ora hace presión sobre la punta de la nariz... De súbito, quiere hacerlo todo a un mismo tiempo para alcanzar la mueca máxima. Y sus ojos, su boca, su

nariz, se desfiguran, adquiriendo su rostro un aspecto monstruoso. Después, bruscamente, le vuelve la espalda al espejo, se mete las manos en los bolsillos del pantalón y de nuevo ríe. Luego toma una expresión seria, y comienza a hablar a media voz:

—No lo puedo evitar. El hacer muecas frente a un espejo me produce un singularísimo placer. Cualquier persona mediocre opinaría que tal cosa sólo es propia de niños y de locos. Y yo, de niño no tengo nada, y de loco muchísimo menos. Por otra parte, estoy seguro de que gran parte de la humanidad experimenta, haciendo muecas frente a un espejo, un placer semejante al mío. Pero nadie lo confiesa.

Mira a la puerta y luego al suelo. Mueve los hombros en rápido y prolongado sacudimiento, agita los brazos y se dedica a pasearse a todo lo largo del pequeño recinto. De pronto se detiene, levanta la vista hacia un ángulo del techo, y dice en voz clara, pero queda:

—Cuando estoy en compañía soy un hombre completamente normal. De esto no hay duda. Pero cuando estoy solo siento unos incontenibles deseos de pensar y hacer locuras. ¿Obedecerá ello acaso a mi natural hiperimaginativo?

Calla durante breves segundos y añade luego:

—¿O será, Alvaro Alvarez, que hay en tí un comienzo de enajenación mental?

El haberse llamado Alvaro Alvarez lo llena de indignación contra sí mismo. Desazonado y rabioso, golpea el suelo con el pie repetidas veces y masculla fuerte:

—¡Yo no me llamo Alvaro Alvarez! ¡Yo me llamo Alvaro Guaica! ¿Hasta cuándo ha de perseguirme un nombre abandonado desde hace tantos años?

Y a seguida de esta pregunta se tumba en la cama, entrelaza los dedos de las manos formando un cuenco en el cual apoya la cabeza, y mirando la bombilla, ya luciente, que pende como una fruta madura de piel translúcida y amarilla pulpa, recuerda cuando, llegado a la mayoría de edad, decidió cambiar, **de facto y de jure,** su apellido paterno Alvarez por el Guaica de sus supuestos antepasados indígenas.

Desde hacía algún tiempo le disgustaba su nombre. Alvaro le puso su padre, guiado por un doble propósito: el de darle una compañía armónica al apellido Alvarez que le legara y el de hacer más sonoro su nombre total. Sólo consideró, pues, para bautizarlo, la eufonía, desentendiéndose de todo lo demás. "Grave error el de mi padre, — se decía, — porque el llamarse Alvaro Alvarez sólo le está bien a un castellano neto; en un mestizo como yo lo soy, tal nombre pierde su fuerza y pasa a ser ridículo". Y un día, convencido de que era menester resolver con prontitud este problema nominal, decidió realizar algunas indagaciones sobre la genealogía de sus padres, para, de acuerdo con los resultados, proceder a darse un nombre que se aviniese con su progenie. Pero de tales indagaciones no obtuvo el fruto apetecido. Con dificultad llegó a saber quiénes eran sus tatarabuelos y de uno de ellos apenas se enteró de que había sido un contrabandista. Por otra parte, los nombres y apellidos de sus antepasados tenían tan diverso origen, y los pocos retratos que de ellos logró exhumar estaban tan

desvaidos por el tiempo, que se hundió en un caos de dudas. Todo ello hizo que se viniesen abajo sus ilusiones de encontrar entre sus abuelos un heroico indígena dotado de un bello nombre. Pero dispuesto a no seguir ni un minuto más con el Alvaro Alvarez, y sabiendo que en todo venezolano hay, fundamentalmente, dos elementos raciales: el indio y el español, terminó por representar a éste, en él, con el castellanísimo Alvaro, y a aquél con un nombre indígena que tomaría de un personaje histórico o de un río, de una tribu o de una montaña. Después de mucho cavilar, optó por el caribe Guaica. Inmediatamente encargó unas tarjetas de visita, mandando poner en ellas su nuevo nombre: Alvaro Guaica, el cual llevó a legalizar entre algún gesto de extrañeza del juez y alguna sonrisa irónica del secretario. Y como para que este sencillo acto se grabase en su imaginación con caracteres indelebles, a él se unió aquella tarde un acontecimiento terrible, que tuvo un epílogo sin precedentes.

Paseábase por los corredores del Palacio de Justicia, esperando que le entregasen la certificación legal de su nuevo nombre, cuando observó que se iba llenando de mendigos la ancha escalera que ponía en comunicación el soleado patio con la nave principal del edificio, donde radicaba el despacho del Gobernador de la ciudad. Al principio no supo a qué atribuir aquella extraña invasión, pero luego recordó que era costumbre del gobernador repartir en esos días unas cuantas monedas entre los mendigos.

Cuando ya el sol había desaparecido y el día se prolongaba en la suave luz crepuscular, hallábase la escalera totalmente llena de mendigos. Hombres flacos, pálidos, de barbas a medio cortar, tocados con sombreros rotos y grasientos, y vestidos con pringosas ropas por cuyas rasgaduras asomaban los codos y las rodillas cubiertos de mugre; macilentas mujeres de anchas faldas raídas y grandes pañuelos negros atados a la cabeza, con niños recién nacidos, lloriqueando, en los brazos, o con niños ya espigados, de pies, asidos a las faldas; mutilados de las manos que se ahuyentaban las moscas del rostro con movimientos rápidos de los muñones; mutilados de las piernas sentados en el suelo, cuyas manos, por servirles de pies, habían adquirido extraordinarios dimensiones y callos enormes; ciegos de antiparras negras, con un vacilante bastón en la diestra... Apenas hablaban, y cuando lo hacían era tan débilmente, que él sólo pudo oír, en las tantas veces que su paseo lo llevó cerca de ellos, algunas frases cortas o algunas palabras sueltas referentes a enfermedades, a medicinas, a privaciones. Y un agrio hedor a suciedad se desprendía de aquél grupo heterogéneo y miserable.

Sumíase el edificio en el aire pardo del anochecer, cuando — hallándose él recostado en uno de los pilares fronterizos al salón donde se tramitaba su asunto—oyó un ruido de algo enorme que se desgaja, seguido, primero, de un gran estruendo, y, luego, de agudos ayes y penetrantes exclamaciones de dolor. Volvióse, alarmado, y en el acto se dió cuenta de lo sucedido: habíanse desplomado los dos cuerpos de la ancha y gruesa escalera. Inmediatamente corrió hacia los restos, sobreponiéndose

al horrible espectáculo que presentía, y sus ojos buscaron, entre la espesa nube de polvo que sobre aquéllos flotaba, el cuerpo de donde partían los quejidos más lastimeros. Se dirigió hacia éste creyendo haberlo localizado, pero tropezó y estuvo a punto de caer. Atravesadas frente a él, obstruyéndole el paso, dos piernas flacas, enfundadas en verdoas medias, salían por debajo de un inmenso trozo de madera astillada. Hizo esfuerzo por levantar éste, al par que tiró de aquéllas con violencia, y al cabo pudo sacar el cuerpo yacente. Una breve ojeada le permitió saber que se trataba de una mendiga, viejecita, menuda y rugosa, y un ligero exámen lo llevó a la conclusión de que estaba muerta. Mientras, habíanse acercado algunas personas que, tal vez por hallarse llenas de estupefacción, se limitaban a mirarle atentamente sin hacer el menor movimiento para venir en su ayuda. Con un ademán, pidió colaboración a la más próxima, y no bien ésta se le acercó, cuando las demás, movidas por un incontenible impulso, se abalanzaron hacia los sitios de donde salían quejidos.

Sospechando que debajo del trozo de madera astillada pudiese haber alguna otra víctima, se esforzó en levantarlo todo, para voltearlo luego, pero tuvo que abandonar su propósito, pues sintió que se resbalaba. Tenía las puntas de los pies metidas en un charco de sangre, a continuación del cual yacía el cuerpo decapitado de un niño. Impresionado, miró con atención aquella repugnante mancha roja, en cuyo centro observó, además de varios negros coágulos, algo que le pareció una gruesa mano velluda, pero que era, en realidad, una cabeza aplastada. Contemplábala, sobrecogido, cuando un agu-

do llanto, sacudiendo sus nervios, lo hizo saltar por encima del cuerpo acéfalo, y extraer, de entre los restos de escalera, a otro niño, gordo, rosado, de cuya herida frente manaba sangre en abundancia. Con él en brazos salió de estampía hacia la calle, y, en llamando a un guardia para que acompañase al niño, dejó a ambos en el coche que había de conducirlos al hospital. De nuevo se dirigió al edificio con el propósito de continuar la tarea que él mismo se impusiera, y aunque se había dado orden de no dejar penetrar en aquél sino a la fuerza pública, pudo hacerlo sin que nadie intentara detenerlo. Llegado otra vez al lugar del siniestro, alguien le dijo, mirándole ahincadamente con expresión de repugnancia: "¡Fíjese, fíjese cómo está!" Entonces comprendió por qué lo dejaron entrar al local: su camisa y sus manos, manchadas de sangre, decían su intervención en el salvamento de las víctimas. Como ya numerosos guardias se hallaban dedicados a esta labor, y, por consiguiente, sus servicios eran inútiles, marchó a lavarse, no sin antes dirigirle una mirada a los cadáveres alineados junto a la pared. Cuando estuvo de vuelta, un escribiente le dijo, después de entregarle la certificación legal de su nombre, que los muertos eran siete y más de catorce los heridos.

Ya entrada la noche, decidió abandonar el recinto. Al franquear el portal llegaron a sus oídos las palabras que el gobernador, de pies en la orilla de la acera, decía a su secretario: "Telefonée a los periódicos y ordéneles en mi nombre que no publiquen nada de lo acontecido". Y después añadía, como para sí: "La gente no debe pasar un mal rato leyendo un suceso tan desagradable. Ya

es uno bastante resignado soportando a los mendigos vivos, para tener que sufrirlos también después de muertos". Y con un gesto amargo y descriptivo al par, subió a su espléndido automóvil entre las serviles sonrisas de sus paniaguados.

La evocación de este acontecimiento ha producido en Alvaro un leve picor en las piernas y un molesto latido en las sienes. Creyendo hacerlos desaparecer con un simple cambio de postura, retira las manos del occipital, hunde la cabeza en la muelle almohada y se vuelve de lado. Pero como observa que tanto el picor como el latido en vez de calmarse, se acentúan, pónese en pie de un salto y reanuda su paseo a lo largo de la habitación.

De pronto recuerda, sin explicarse la causa, una habilidad que tenía, cuando era niño, para divertir a sus compañeros. Y sin parar mientes en la impropiedad, a sus años, de repetirla, corta su paseo, y valiéndose de un pie para impulsarse, levanta la punta del otro, con la finalidad de usar el tacón como eje, e imprime a su cuerpo un rápido movimiento giratorio hacia la derecha. Durante algunos segundos da veloces vueltas sobre sí mismo, y al cabo se detiene, diciendo, entusiasmado:

—¡Continúo siendo un maravilloso trompo humano!

Pero no puede gozar mucho con su triunfo, porque, al dar un paso hacia adelante, percibe que le invade un intenso mareo. Se sienta en la butaca en espera de que éste se le pase, y cuando ya su mente comienza a des-

pejarse, experimenta una extraña sensación de angustia que no puede menos de manifestar en alta voz con las siguientes palabras:

—¡Estoy enrollado!

A continuación se pone en pie.

—Es preciso desenrollarme — musita.

Y usando el mismo procedimiento anterior, imprime a su cuerpo un nuevo movimiento giratorio, pero ahora hacia la izquierda. Al detenerse, advierte con satisfacción que su angustia se ha esfumado, pero también se da cuenta de que su mareo ha adquirido tal magnitud que si continúa de pies terminaría por caerse. En seguida se dirige a la butaca y se desploma sobre ella. Para evitar la desagradable sensación de ver girar la habitación a su alrededor, cierra los ojos, mas entonces le parece sentir que la cabeza le da vueltas sobre el tronco. Esto le obliga a abrir los ojos de nuevo y a fijarlos en un punto determinado, buscando de esta manera escapar al vértigo. Y en efecto, poco a poco va este desapareciendo, hasta el extremo de que ya distingue eclaramente el objeto que hay en el lugar donde clavó la vista. Es un pequeño lienzo que representa un paisaje campesino. En el primer plano aparece una vaca de color rosáceo, cuya hinchida ubre está en manos de un niño rubio que, acuclillado en el suelo herboso, la exprime sobre un albo cubo reluciente; más allá se tiende una delgada acequia entre dos largas hileras de chopos, y en el fondo, por cima de azulosos collados, múltiples nubecillas de vientre dorado y cresta roja anuncian la proximidad del sol. La visión de este sencillo paisaje hace que acudan a su mente unos delicados versos de cierto poeta amigo:

La vaca con el alba era rosada
así la ví en la sierra...
Mas al regreso entre la tarde gris,
la vaca me parece casi negra.

Sugestionado por estos versos — cuya nota quiere elevar para que la vaca le parezca totalmente negra — hace un esfuerzo imaginativo tendiente a representarse el paisajito, del cual no retira la mirada, hundido en un tranquilo anochecer. Y logra que las siluetas de los collados se pierdan en la obscuridad, que desaparezcan las coloreadas nubecillas, que de la acequia sólo quedan dos blancas líneas paralelas, y que las hileras de chopos se conviertan en sombrías masas informes. Pero fracasa cuando pretende trocar en negro el matiz rosáceo de la vaca. Esto le produce una tal contrariedad que aparta la vista del lienzo y reprocha al poeta amigo el haber escrito unos versos tan simples. Mas, no pudiendo resignarse a dejar de ver lo que desea, vuelve los ojos, otra vez, hacia el paisajito, y hace un enorme esfuerzo mental para que la vaca se ennegrezca. Fracasa nuevamente, pero obtiene un inesperado y desconcertante efecto: el niño rubio se ha convertido ne un negrito. Por un momento, no sabe si debe indignarse, o, al contrario, sonreír ante esta chocante burla de su propia imaginación, pero luego, al observar que el negrito se mueve y le hace con las manos un signo invitándole a pelear, instintivamente cierra los puños. Sorprendido él mismo de tan pueril reacción, suelta la risa, teniendo cuidado, sin embargo, de no apartar los ojos del cuadro, temeroso de que la realidad desaloje a la fantasía

que con tan vivas formas se le presenta. Pero la risa no le fluye pausada y mansa, sino en chorro saltarín, y ello prodúcele un sacudimiento en la cabeza que le repercute en el cerebro y le ahuyenta las imágenes en éste posadas. De allí que nuevamente se le aparezca el pequeño lienzo tal cual es y de allí también que, encolerizado, dé una vuelta a la butaca y tome el libro que dejara momentos ha.

Pretende reanudar la lectura. Inútilmente. No basta a prender su atención la magnífica prosa del autor. Su pensamiento hace un loco y fugaz correteo por mil cosas dispares, y se le vienen a las mentes conceptos tan absurdos que a veces sonríe y otras barbota imprecaciones. De pronto observa que en la punta del dedo índice, cerca de la uña, tiene levantado un corto filamento de piel. Hace ademán de pinzarlo y arrancárselo. pero se detiene al pensar que su acto podría acarrearle el desprendimiento de un trocito de carne, o, cuando menos, la ruptura del sutil y delgado pellejito que le enmarca la uña. Toma, pues, una menuda tijera. Con muchísimo cuidado apoya las puntas en el extremo del dedo y hace luego un corte rápido. Al principio cree que su operación ha tenido un éxito completo, pero después se da cuenta de que, en parte, ha fracasado, porque no ha desaparecido todo el filamento de piel: queda una insignificante fracción, apenas visible, pero cuya presencia nota en el dedo vecino por su roce áspero y seco, de tejido muerto. No obstante, baja la mano, dispuesto a no hacerle caso y a continuar la lectura. Mas no bien ha leído unas cuantas líneas, cuando sus dedos comienzan a buscar, con inexplicable afán, aquel roce áspero, de

tejido muerto. Decidido a acabar con esta absurda cominería, se anuda un pañuelo al extremo del índice y pretende nuevamente leer. Pero no lo consigue, porque le parece que las puntas del pañuelo anudado son unas orejas de liebre que se mueven con picardía invitándole a mirarlas.

Desesperado por tantas fracasadas tentativas de lectura, arroja el libro sobre la cama y, molesto, se acerca a la ventana desde donde se mira la avenida, que es calle y es paseo. Baja los ojos para contemplar, al través de los cristales, a la gente que consume el tiempo en un pausado ir y venir. Y observa a un hombre de gabán pardo, sombrero raído y andar lento; lleva las manos cogidas detrás de la espalda e inclina la cabeza ligeramente; va y viene, recorriendo un trayecto no mayor de cien metros. Parece que no le importa cuál sea el paisaje que a su lado recibe la unción de la luz crepuscular, ni cuáles el sexo y el aspecto de los otros paseantes. Y no puede decirse que espera a alguien, porque en ningún momento desvía su mirada del suelo.

—¿Qué motivo le inducirá a pasearse por este sitio? — se dice Alvaro. — ¿Acaso pensar? No sería lógico creerlo así, porque en caso tal se habría ido, seguramente, a un paraje solitario, o, cuando menos, poco concurrido. ¿Quizás para librarse de alguna preocupación? Tampoco sería un juicio acertado, porque de darse esta circunstancia, rehuiría el ensimismamiento y procuraría, por el contrario, entregarse a la contemplación del panorama y de las personas que a su vera pasan. Creo más bien que se trata de un ser de vida señera, el cual, temiendo morir de pronto en la soledad,

acude a los lugares donde hay gente para mezclarse con ella. Porque los hombres — salvo los místicos — sólo son señeros cuando sienten fuertes y sanas sus esencias vitales y ven frente a sí un futuro grávido de goces, corporarles, intelectuales o espirituales. En cuanto éste se obscurece y aquéllas declinan o enferman, o en cuanto se presenta un hecho que les hace sospechar el fin próximo y súbito de sus días, salen los señeros de su apartamiento y buscan la compañía de los otros hombres — aunque generalmente sea sólo la material, como debe ocurrirle a este singular paseante — para tomar ánimos entre ellos, para reconfortarse viéndoles y oyéndoles hablar, reir, moverse, gesticular, expresar ideas, sentimientos, pasiones. O sea, algo parecido a lo que se atribuye al rey Salomón, de quien diz que dormía entre un par de adolescentes pletóricas para que le transmitieran salud y vigor. ¡Qué interesantes son los hombres señeros! En ellos la vida interior es tan intensa, tan amplia, tan protéica, que les consume la casi totalidad de las energías intelectuales y espirituales, impidiéndoles actuar de modo debido en el mundo circundante, y, además, les acapara el instinto de sociabilidad para facilitarles la coexistencia con los personajes múltiples y las ideas polifacéticas que les pululan en la imaginación. El hombre señero no conoce el reposo mental; su cerebro, solicitado por mil cosas dispares, trabaja constantemente, y ni al dormir descansa, pues los ensueños suelen visitarlo. ¿Quién podría determinar, ni siquiera de manera aproximada, la amplitud de la vida interior de este sér? El mismo la ignora; diríase que no tiene tiempo para pensar en ella. ¿Y quién alcanzaría a ima-

ginar las principales formas, aunque sólo fuese, que aquella vida toma, no ya en el devenir de los días, sino en el de las horas, en el de los minutos? El señero sabe que son infinitas y no se ocupa en determinarlas. ¿Cómo disfruta el señero de sus sentidos? Tardía, pero intensamente. Sus palpos recogen las agradables impresiones del mundo exterior, apenas sin gozarlas, sin darse cuenta de ellas, y las intravierten, las guardan, las almacenan. Luego, en la soledad, cuando lo circundante no existe y el "yo" se explora a sí mismo, escoge el señero una de esas impresiones y se entrega a degustarla, lenta, profunda, ampliamente. ¡Cuán equivocados están quienes piensan que los señeros son unos enfermos del cuerpo y del espíritu! ¡Para vivir dentro de sí mismo con tal intensidad, con tal amplitud, con tal proteismo, es necesario poseer la euforia! Es indudable: en cuanto ésta se pierde, el señero deja de serlo. Lo contrario de lo que le ocurre al hombre normal, cuyo estado de salud está en razón directa de su sociabilidad. Y de aquí la existencia de los seudoseñeros, hombres solitarios por perturbaciones o lesiones orgánicas o espirituales.

Al concluir esta reflexión, Alvaro se pasa las palmas de las manos por el rostro, de arriba abajo, y, mirando escudriñadoramente a los que transitan por la avenida, dice en tono quedo:

—He perdido de vista a mi extraño paseante. ¿Por dónde irá?

Luego añade, en el mismo tono:

—¡Ah! ¡Si! Ya le miro. Anda lentamente, como antes, y, como antes, lleva los ojos bajos y las ma-

nos cogidas detrás de la espalda. Pero es hora de dejarlo, Lo que de él me interesaba ya lo tengo anotado.

Y alza la cabeza para mirar, primero, más allá de la avenida, la fronda amarillenta de los árboles del parque, castigados por el otoño, y después, más allá del parque, dos torres de la radio surgiendo del horizonte y levantándose contra un cielo gris y anubarrado. La contemplación de este paisaje le induce a pensar en los placeres de la visión, y éstos en poseer íntegros y perfectos los cinco sentidos, en la felicidad incomparable de sentirse bestia sana.

—¡Qué delicia — exclama — la de estarse sobre la cima de un peñón, teniendo a la espalda un bosque de pinos silbantes por el viento huracanado, y el mar enfrente rompiendo sus olas contra los roquedales para exhalar un perfume más bravío! ¡Paisaje espléndido, aroma exuberante, afilada música ondosa y audaz! ¡Y qué inefable deleite el de la caricia a la mujer amada! ¿Quién que tenga un tacto perfecto no sabe que nada puede superar a ese deleite cuando la caricia es sabia y es sutil? ¡Y qué dicha la de comerse un buen beefsteak con patatas! ¡Vedlo allí, en medio de un plato níveo, con su suave lomo acariciado por el fuego, sus costados casi sangrantes, su escolta de dorados, trocitos de patata y su guirnalda de ramitas de berro! ¡Vedlo allí, tierno y aromoso, invitándoos a trincharlo y a hincarle el diente! Pero... ¿qué relaciones tendrá esa sabrosa vianda con la revolución que ha estallado en la cuenca minera de aquel amado país? ¿Por qué al pensar en el

beefsteak no ha tardado en venírseme a la mente lo que allí acaece? ¿Acaso porque quizás ha sido el hambre el impulsor de tal movimiento?

Quédase meditabundo, y así se retira de la ventana y se sienta en la butaca.

—No — susurra — la asociación de ideas ha sido menos noble y más directa.

Y con los ojos entornados, se entrega a los recuerdos.

Comía Alvaro en una fonda de París, varios años ha, en compañía de Raich, un revolucionario destructivista refugiado en Francia. Le había sido presentado en un café, una mañana, por el redactor de un periódico de izquierdas. A poco de conocerse, entablaron una discusión sobre destructivismo y creacionismo, con esa familiaridad con que, de buenas a primeras, debaten tales problemas militantes de partidos extremos que hasta entonces jamás se han visto. Habrían pasado el resto de la mañana en la discusión, si un asunto inaplazable no hubiera reclamado la presencia de Alvaro en otro lugar. Al separarse, éste invitó a Raich a comer. Llegada la noche se reunieron en la fonda. Ya sentados a la mesa, Raich preguntó a Alvaro, quizás observando el cuidado que ponía éste en seleccionar los entremeses:

—¿Es Ud. de procedencia burguesa?

—Desde mi bisabuelo — respondió Alvaro afablemente.

—Lo suponía. Un verdadero creacionista no puede tener origen proletario.

Alvaro replicó con calor:

—Padece Ud. un error, amigo mío, pues yo no sólo no estoy afiliado a ningún partido político, sino que ni

siquiera soy un mero simpatizante de una organización de este género. Si frente a Ud., destructivista, defendí el creacionismo, fué porque me molesta todo lo dogmático y para combatirlo empleo el sistema de oponerle al dogma que se me ensalza un dogma de signo contrario.

Sonrió Raich al oír estas palabras, y repuso:

—Si Ud. hubiese nacido proletario tal vez habría sido un excelente destructivista.

En el ínterin habían tomado los entremeses y la sopa.

Viendo Raich que el camarero depositaba en la mesa una fuente con un par de beefsteaks con patatas, sonrió de nunevo, y, quedándose unos segundos pensativo, empezó a decir, mientras se servía:

—No sabe Ud. el trabajo que me costó aprender a comer un beefteak con patatas, o mejor, el trabajo que le costó a mi estómago aprender a digerirlo. Seguramente le extrañará esta manifestación, pero cuando oiga lo que le voy a contar, le parecerá muy natural.

"Yo nací en un pueblecito y allí transcurrieron los primeros años de mi vida, que lo fueron de miserias y privaciones sin cuento. Mi madre era una pobre mujer, sin carácter ni condiciones de lucha. A mi padre no lo conocí, o al menos no recuerdo haberlo conocido. Había muerto cuando empezaba a darme cuenta de la vida, y su puesto lo ocupaba un hombretón, vago, decidor y borrachín, que no desperdiciaba la oportunidad de insultar a mi madre y de pegarme a mí. Como lo que ganaba mi madre en su trabajo de lavandera era muy poco, y con parte de ello tenía que satisfacer los vicios del hombre con quien vivía, a la hora de comer únicamente había

en nuestra mesa pan y vino. Yo, sólo pan tomaba, pues las veces que intenté echarle la mano a un vaso de vino, mi madre me lo impidió, horrorizada, entre las carcajadas de aquel sinvergüenza. Y alimentándome sólo de pan, alcancé los siete u ocho años. Hasta un día en que, fuese por haber recibido más golpes que de ordinario, fuese por haberse agotado mi capacidad de soportación, me eché a la calle con ánimo de no volver más a la casa de mi madre. Y en efecto, no volví. Empecé a mendingar para comer, y las noches las pasaba, generalmente, en el interior de un bar cuyo dueño sentía piedad por mí. Acostumbrado a comer sólo pan, en él invertía los pocos céntimos que la caridad de la gente ponía en mis manos. Así fuí creciendo. Ya de unos doce o trece años, me regaló el dueño del bar donde dormía una caja de limpiabotas, y a limpiabotas me dediqué. Aumentados mis ingresos, aumenté también mi alimentación, o mejor, la hice más variada, pues entonces empecé a comer el pan con cebolla o queso. Y un día supe que el domingo de la semana siguiente habría toros en la capital. Deseoso de contemplar aquella fiesta en una verdadera plaza, pues la que había en mi pueblo apenas pasaba de ser un corral con barreras y graderías improvisadas, reduje mi alimentación para economizar unas monedas, y con ellas en el bolsillo me fuí a pie a la ciudad. Allí me encontré con unos jóvenes paisanos que, como yo, habían ido a ver los toros. Quizás por haber bebido más de la cuenta, o tal vez por humorada, me invitaron a almorzar con ellos. Fuimos a un mesón y allí pidieron, en primer término, como también para mí, un beefstek con patatas. Al fin iba a saber yo lo que

era comer carne. Tenía hambre y mucho trabajo me costaba que mis ojos se apartasen del pan que nos habían puesto para todos, uno de esos panes grandes, en forma de disco, llamados "hogazas". Veíame obligado a esperar a que uno de mis amigos lo fraccionase y me diese la parte que me correspondía, y mentalmente rabiaba por no habérsenos puesto panecillos, pues así no hubiera tenido escrúpulos en empezar a comer primero que los demás. Nos sirvieron los beefsteak, y uno de mis amigos repartió el pan. Yo empecé a devorar la porción que se me había asignado, sin hacer el menor caso del beefsteak que frente a mí humeaba, pues no me apetecía, y si pensaba comerlo luego era sólo por conocer su sabor y porque algún día había de probar la carne. Pero al darme cuenta de que mi voracidad limitada al pan era observada por mis amigos, trinché el beefsteak y me llevé un trozo a la boca. Quizás por lo azorado que estaba, no pude saber bien cuál era su sabor, aunque me parece que me agradó. En cinco o seis bocados me comí el beefsteak y las patatas, y entonces, despreocupadamente, pude dedicarme a mi especialidad: el pan. Salidos del mesón nos fuimos a la plaza de toros. Ellos ocuparon su palco y yo acudí a mi tendido. No tenía allí ni media hora, cuando sentí una desagradable sensación en el estómago seguida de intenso dolor. Como éste se prolongase, acentuándose cada vez más, me ví obligado a abandonar el espectáculo. Comprendí que había sido el beefsteak la causa de mi dolencia y juré no comerlo más. Mi estómago se hallaba acostumbrado al pan con queso o cebolla y a alguna que otra golosina. Era, pues, una torpeza, ocuparlo en digerir beefsteaks,

sobre todo no sintiendo por ellos la menor inclinación. A pesar de las variaciones verdaderamente revolucionarias para mi estómago que en lo sucesivo introduje en mi alimentación, llegué a mozo sin haber vuelto a probar la carne. Y un día me llamaron a filas, a hacer el servicio militar. En el cuartel las circunstancias me obligaron a comer carne de diversas clases y hasta alguna en mal estado, y si a consecuencia de ello caí enfermo varias veces, con el tiempo me beneficié, porque en vez de salir de allí en un dispéptico, saqué un estómago que lo digería todo sin la menor molestia. Así que, el primer beefsteak que me comí luego de abandonar el servicio, me pareció un manjar exquisito y me fué tan leve como una galleta de régimen.

"Ahora, conocida por Ud. la insignificante pero lastimosa historia de los primeros lustros de mi vida, ¿se explica el que le haya preguntado si era Ud. de procedencia burguesa? Lo hice porque para mi vida sentimental tiene la procedencia burguesa o proletaria de mis amigos alguna importancia. Si vienen de la burguesía, me digo: "en la infancia habrán comido de todo y habrán aprendido a hacerlo sin darse cuenta de ello". Y si, por el contrario, su origen es proletario, me pregunto: "¿a qué edad se comerían el primer beefsteak con patatas?; y cuando se lo comieron, ¿no les hizo ningún daño?" Todo esto le parecerá a Ud. pueril y hasta ridículo, y, sin duda, no he debido distraer su atención con semejantes trivialidades, pero para que tenga una explicación — ya que no una justificación — de mi inesperado relato,

le diré que los proletarios experimentamos un singular placer en recordar los pormenores de las peores épocas de nuestra vida.

—Se equivoca Ud., amigo mío, — le dijo Alvaro, mientras se servía un vaso de agua mineral — ni pueril ni ridículo me ha parecido su relato. Lo oído con muchísimo interés, porque, aunque no hay en él cosas extraordinarias ni espeluznantes, aparece allí lo sencillo con una fuerza humana que me subyuga. En lo sencillo — no importa que sea vulgar — cuando es profundamente humano, están los mayores dramas y las comedias más deliciosas. Pero dígame, ¿en verdad no es Ud. un dispéptico? Confieso que por tal lo había tomado viendo su constitución magra y su rostro de perfiles patológicos, por decirlo así.

—No; no soy un dispéptico; soy un tuberculoso — le repuso Raich con el mismo tono tranquilo con que le hubiera respondido: "soy un revolucionario".

Y sin cuidarse del estupor que su insospechada confesión produjera en Alvaro, continuó hablando, en tanto que devoraba unos espárragos con mayonesa.

—Mientras hacía el servicio aprendí a leer y a escribir, y cuando me licenciaron decidí aprovechar lo aprendido en enterarme de todas aquellas cosas sobre la revolución social de que tanto había oído hablar en el cuartel. De regreso a mi pueblo me hice camarero del bar donde en mi infancia dormía y me afilié a una organización de trabajadores socialistas. En las horas de holganza me iba a la casa donde nos reuníamos, y ya leyendo algunos de los libros y folletos revolucionarios que allí había, ya por las explicaciones que algún compañero me daba, ya por las conferencias de los dirigentes, en dos años poco más o menos me puse al corriente de los principios básicos del marxismo y me convertí en un socialista entusiasta e intransigente. Esto último fué la causa de que tuviese con los jefes del partido de mi pueblo varios altercados, y entre ellos uno que ocasionó mi expulsión de la organización y poco después la pérdida de mi puesto de camarero. En busca de trabajo y de campo más propicio para mis entusiasmos revolucionarios, llegué a la capital. Poco después fuí allí "elemento de choque" en una huelga general declarada por todas las asociaciones obreras, y caí preso en compañía de algunos destructivistas. En la cárcel las penalidades sufridas disminuyeron considerablemente mis fuerzas físicas, y las palabras de mis compañeros de prisión me mostraron los errores de la tesis marxista, al par que me convertían al destructivismo. Al verme libre, partí hacia la región montañosa del país y allí me puse a trabajar en la Cuenca como minero. Nuevas lecturas; amistades fraternales con veteranos de la revolución adquiridas en la penumbra de los socavones; la experiencia que día a día iban acumulando en mí las luchas de nuestro sindicato con los patronos para mejorar nuestro salario y nuestras condiciones de trabajo, y el estallido de la guerra que había de ser mundial, me llevaron a escribir mis primeros artículos, de cuyo éxito entre la clase trabajadora pude darme cuenta, principalmente, por una carta del director del periódico más importante de nuestro partido, que se editaba en la capital, donde me pedía colaboración. Y en tanto que mi popularidad aumentaba, mi salud disminuía. El agota-

dor trabajo de la mina; el nutrimiento insuficiente debido a las economías que hacía para poder comprar costosos libros; el hurtar al descanso las horas nocturnas para dedicarlas a leer o escribir, fueron minando mi organismo, hasta cuando una dolencia bronquial aguda, que en otro no hubiera dejado huellas, determinó en mí la aparición de la tuberculosis pulmonar. Mis compañeros, al entrar en conocimiento de la enfermedad que padecía, me hicieron abandonar el trabajo de la mina, y, con el propósito de asegurarme el sustento, me eligieron para ocupar un cargo en la secretaría de nuestra asociación. Al cabo de poco tiempo era nombrado yo Presidente del Sindicato de Mineros de la Cuenca. Tenía ya una excelente preparación político-social y mi cerebro funcionaba con más clarividencia y seguridad que nunca, pero mis pulmones estaban deshechos. Sabía que había de morir pronto y esto me aterraba, no por la muerte en sí, sino...

Raich calló de pronto, asió el melocotón que momentos antes se sirviera, y púsose a mondarlo en silencio.

Extrañado de su actitud, Alvaro le preguntó:

—¿Por qué no continúa?

—Sería una imprudencia hacerlo — contestó Raich.

Y añadió, después de una breve pausa:

—Y tal vez le molestaría a Ud.

Intrigado, Alvaro le interrogó:

—¿Molestarme? ¿Por qué?

Raich le repuso, con una gran calma, mirándole fijamente a los ojos:

—Porque quizás vería Ud. en mí un criminal.

Y mientras Alvaro callaba, un poco desconcertado, Raich hundió el cuchillo en el melocotón, se llevó un trozo de éste a la boca, y, aún masticándolo, dijo, esforzándose por ocultar la contrariedad que afluía a su rostro:

—No quisiera que Ud. se imaginara como consecuencia de mis anteriores palabras, que no debí pronunciar, lo que no ha existido.

—Nada me he imaginado, amigo mío — repuso Alvaro. — Puede Ud. estar tranquilo. Y como veo que la conversación se ha enrumbado por un camino que no le agrada, lo mejor es cambiarla, ¿no le parece?

—No — replicó Raich en tono seco y cortante; — no hemos de cambiarla; en primer lugar porque, a pesar de sus palabras, Ud. me habrá atribuido actos o propósitos que, aún cuando fuesen menos criminales que aquellos a los cuales me voy a referir, podrían causarme mayor vergüenza, lo que deseo evitar; y luego porque necesito confesarle a alguien—y no puedo hacerlo a un destructivista — el tremendo conflicto espiritual que hizo presa de mí cuando ví próximo el día de mi muerte.

Con los brazos estirados sobre la mesa, y haciendo, con ambas manos, bolitas de las migas de pan, prosiguió:

—Le iba a decir que no me aterraba la muerte por lo que implica de dejar de existir, de hundirrse en la nada. Siempre he considerado estúpido, quizás por no comprenderlo, el afán de quienes desean ardientemente continuar viviendo por el sólo hecho de existir, o sea porque no se extingan sus funciones animales de nutrición y reproducción. En cambio, comprendo que teman a la muerte quienes tienen un ideal por realizar y un camino

trazado para lograrlo. Yo estaba en este último caso. Vivía soñando con el triunfo de nuestra revolución y todas mis actividades las polarizaba en preparar las vías por donde habíamos de llegar a él. Cuando supe que mi muerte estaba próxima y que seguramente desaparecería sin ver triunfante nuestro ideario, el miedo me sobrecogió. Y concebí un propósito que ahora no dudo en calificar de criminal. La desesperación me llevó a ello. Pensé que si era imposible que yo estuviese vivo para ver el establecimiento en todo mi país del destructivismo, podría estarlo para ver su establecimiento, aunque fuese efímero, en una región de aquél. Obsesionado por este pensamiento, y temeroso de que me sorprendiese la muerte antes de haberlo realizado, me puse en comunicación con destacados dirigentes de nuestro partido, a los cuales intenté convencer de que los momentos eran propicios para dar un golpe revolucionario en toda la nación que pusiese el poder en nuestras manos. De la misma manera me expresé ante los mineros. Estos consideraron pertinente mi proyecto, pero aquéllos nó. Como la negativa de los dirigentes la había previsto, no me sorprendió. Siguiendo las pautas de mi plan dije a los mineros que nosotros debíamos lanzarnos a la revolución, pues una vez que nos hubiésemos apoderado de la Cuenca, los destructivistas de todo el país, viendo nuestro éxito, secundarían el golpe, y en pocos días la bandera incolora ondearía en todos los edificios públicos. Sabía que esto no sucedería, sino que, antes por el contrario, el régimen que nosotros estableciéramos duraría lo que tardase en llegar a la Cuenca las fuerzas del gobierno, y, sin em-

bargo, hice mis afirmaciones con tal convicción, con tal energía, que los mineros, siempre dispuestos a obedecer mis sugestiones, me creyeron, y en seguida se dedicaron a preparar el golpe de acuerdo con mis órdenes. No pensaba en que, para engañar a aquellos hombres ingenuos, me había aprovechado de la confianza que les inspiraba; no pensaba en quienes, realizado mi propósito, caerían acribillados a balazos, ni en los que irían a podrirse en las cárceles; no pensaba, en fin, en las familias que habrían de quedar desamparadas, mendingando para mal vivir; sólo una idea ocupaba mi mente: el ver establecido nuestro régimen, siquiera fuese por algunos días. Después, no me importaría morir.

Raich hizo una pausa y luego prosiguió:

—Por fortuna, un confidente llevó a la policía la noticia de lo que se preparaba. Intentaron prenderme, pero yo, avisado a tiempo, pude escapar. Luego, haciéndome pasar por viajante, llegué a Francia. Y aquí me tiene Ud., arrepentido de cuanto pretendí hacer, y lleno de agradecimiento por aquel confidente, gracias al cual puedo sentir tranquila mi conciencia de hombre y de revolucionario.

Así terminó Raich su relato.

Después de haberlo reconstruído, Alvaro muévese en la butaca, como en busca de una posición más cómoda; cuando cree hallarla, se abandona a ella, con los músculos laxos. Contempla luego, durante breves segundos, el paisajito que poco antes sirviera de pantalla a las imágenes que proyectaba su fantasía. Finalmente cierra los ojos y musita:

—Nada me habría contado Raich si no nos hubiesen servido aquel par de aromosos beefsteaks con patatas festonados de ramitas de berro. Recordadas sus palabras, fácil me es separar los eslabones de mi asociación de ideas. El beefsteak con patatas que imaginé con símbolo de las predilecciones de mi gusto, fué el mismo que frente a mí pusieron cuando comía con Raich. Esto me hizo pensar en lo que me habia referido dicho revolucionario respecto a su infancia y al primer beefsteak con patatas que se comió. Y en seguida se me vino a la mente el resto de su narración, cuya parte final me condujo, poco después, a sospechar que fuese obra de Raich la revolución que ha estallado en ese país tan querido por mí.

Calla Alvaro, uno, dos, tres minutos, y después añade, aún con los ojos cerrados:

—Ahora la sospecha se acentúa en mí de tal manera que llega a ser casi una convicción. Esto me sucede por no poder responderme satisfactoriamente a las siguientes preguntas: ¿Creen los dirigentes de los revolucionarios de la Cuenca minera que es propicia la situacón político-social del país para que triunfe en él una revolución de tipo destructivista?; ¿ignoran que el movimiento se quedará limitado a la Cuenca, pues no va a ser secundado en el resto de la nación, y que un foco revolucionario tan pequeño tendrá que ser destrído por los ingentes instrumentos defensivos del Estado? Tan descabellada me parece esta intentona que no puedo menos de considerarla sino como una reincidencia de Raich en sus propósitos de ver establecido su ideario, siquiera sea en la Cuenca minera

y de un modo parcial y fugaz. Aún cuando desde aquella noche en que comimos juntos no supe más de él, supongo que se acogió a la amnistía decretada por el gobierno de su país y regresó a la Cuenca. Allí, seguramente, el ambiente de lucha entre patronos y obreros hizo renacer en su mente el propósito que meses antes calificara de criminal y del cual se arrepintiera. Después, su ascendiente entre los mineros le permitió desencadenar la revolución, que esta vez no frustró ningún confidente. ¿Y si no fuere esto lo acontecido? ¿Si Raich estuviese muerto o no hubiese vuelto a su país? ¿Si aún estando en la Cuenca minera se hubiere opuesto a este absurdo movimiento? ¿Si, arrepentido como lo estaba en París, de sus anteriores propósitos, fuese ahora extraño a la intentona revolucionaria? ¿Si Raich fuere inocente? En consecuencia, lo mejor es no decirle a nadie lo que sospecho. Me limitaré a buscar entre las noticias de la revolución el nombre de Raich.

Una expresión memoriosa le llena la faz.

De súbito exclama, con apagada voz:

—¡Oh, destructivistas, diabólicos niños, criminales ingenuos, filosóficos ladrones! Tenéis bellos razonamientos, ingeniosos trucos dialécticos, estupendos ardides verbales, mentiras hermosas, verdades paladinas, agudos sofismas; sabéis tender vuestras redes ideológicas para que en ellas caiga el lírico incauto; acertáis con el momento en que la frase os ha de salir tierna y prometedora para cautivar, y en que habéis de modularla con seguridad y energía para convencer; cuando es congruente y fructífero. sale el halago de vuestros labios, y la palabra

dura, la injuria casi, cuando es menester aguijar al interlocutor para que reaccione; sois profesores del gesto y del ademán; sabéis comunicar un sentimiento, insuflar una esperanza, encender una emoción; sois todo cuanto puede ansiar un buen discutidor. Filosóficos ladrones, criminales ingenuos, ¿cuándo os barrerán de la faz de la tierra?

Enmudece, y un leve tinte rojizo se le prende en las mejillas. De pronto abre los ojos, parpadea repetidas veces, y se acaricia el mentón con la mano izquierda, mientras con la derecha golpea el brazo de la butaca. Ha recordado que la asociación de ideas que lo llevó a pensar en la revolución de la Cuenca minera no se le presentó sola, o mejor, pura, sino que mezclada con ella vino otra asociación de ideas, pero esfuminada, de poca envergadura, la que, como tal, puso en su mente un acontecimiento lejano y sencillo. Este recuerdo le hace musitar:

—Me abstendría de tomar en cuenta semejante sucedido si no tuviese la misma génesis que el anterior. En efecto, ambos están hermanados por el punto de partida, y por eso ambos pueden ser incluidos entre los hechos que yo llamaría: "casos beefsteak con patatas".

Toma un cigarrillo, lo enciende, y se pone a evocar, entre chupada y chupada.

Fué en Londres. Comía Alvaro, habitualmente, en una fonda muy frecuentada por estudiantes, situada cerca del Puente de Waterloo. La costumbre le impelía a ocupar siempre la misma mesa, donde había dos cubiertos, pero a la cual solo él se sentaba. Un día, a la hora del almuerzo, cuando reconfortaba su estómago in-

giriendo un suculento caldo, vió, de soslayo, a una persona que se sentó en aquel otro puesto hasta entonces desierto, y oyó un suave "good day". Molesto por haber perdido su soledad, respondió entre dientes al saludo, y sin observar al nuevo comensal, se puso a pensar en la impertinencia de aquel sér que venía a hacerle una compañía no deseada. Y ya empezando a odiarle, se dió a forjar argumentos sofísticos para demostrarse que nadie tenía derecho a sentarse a su mesa. Luego levantó los ojos del plato y los fijó, por primera vez, en el rostro del nuevo comensal. Al principio no pudo distinguir si se trataba de un hombre o de una mujer; un hombre le pareció por su chaqueta, su camisa, su corbata y su boina; una mujer por su garganta de cisne, su rostro lampiño, sus infantiles ojillos azules y algunos largos mechones color de paja que le caían sobre las orejas; todo lo cual le indujo a pensar, por un momento, que se encontraba frente a un hermafrodita. Pero luego, después de haber hecho una nueva pesquisa visual, llegó a la coclusión de que aquello era una mujer. ¿Sería una estudiante? No era probable, porque de serlo se habría sentado a la mesa de alguno de los tantos universitarios que en aquel lugar comían. Pensó más bien que se trataba de una de las muchas ramerillas que andan a caza de hombres por el Puente de Waterloo, la cual, habiéndole visto entrar en la fonda, y después de observar que siempre comía solo, lo señalaría como fácil y buena presa, y pretendiendo engañarle, para obtener de él mayor provecho, se puso aquel traje sastre y aquella boina estudiantiles, y se sentó a su mesa como pudiera haberlo hecho cualquier universitaria. Satisfe-

cho con esta explicación, continuó Alvaro comiendo tranquilamente y esperando a que la supuesta ramerilla se le insinuase, como era propio del caso. Pero su tranquilidad se trocó en extrañeza cuando vió que transcurría la comida sin que los labios de la comensal rompiesen el silencio, y en asombro cuando la miró levantarse de la mesa, luego de comer los postres, y alejarse musitando un "good bye". Contestó él a este adiós como era de conrtesía y tornó a preguntarse si se trataría de una estudiante, a lo cual se respondió que nada se oponía a que fuese un hermafrodita, o simplemente, como había pensado, una ramerilla que creyéndole rico estaba esperando que de él partiese la insinuación amistosa y luego la amorosa, para sacarle más dinero. Cuando llegó la hora de la comida, desde temprano estaba él en su mesa repitiéndose por centésima vez las mismas preguntas: ¿estudiante?, ¿hemafrodita?, ¿ramerilla?", y esperando al personaje que seguramente aquella noche le permitiría darse una respuesta firme. Pero el personaje no llegó hasta el día siguiente, a la hora del almuerzo, en que se sentó a la mesa de él como lo había hecho la otra vez, diciéndole un "good day", y se levantó de ella, después de comer en silencio, despidiéndose con un "good bye". Intrigado por la actitud de aquel ente y decidido a esclarecer su personalidad, se puso al habla con un camarero, el cual le dijo que se trataba de una estudiante. Alvaro se desentendió casi por completo de esta joven que continuó almorzando en su mesa como lo hubiese hecho en cualquier otra, y cuya voz sólo oía cuando musitaba su "good day" y su "good bye". Así transcurrió algún tiempo, al cabo del cual, un tibio me-

diodía, observó él que su silenciosa compañera, de vez en vez, le miraba con mucho detenimiento y sin recatarse. "Considerará que ya es hora de que entablemos una conversación y de que nos hagamos amigos, pero se fastidiará, porque no estoy dispuesto a ello", se dijo, llevado del rencor que aún la guardaba por haber interrumpido su soledad. Y pasó una semana, poco más o menos, sin que la actitud de ella ni la de él variasen: se saludaban, comían, ella lo miraba y él no le hacía caso. Hasta un domingo en que, cuando trinchaba él un hermoso beefsteak con patatas, las manos de ella se movieron hacia su plato y después se extendieron por encima del mismo. Extrañado, él la miró, y con un gesto le pidió una explicación. Ella, sin retirar las manos, puso en él ahincadamente sus infantiles ojillos azules, mientras en su rostro, de una delicada blancura, aparecía una bonita expresión de terneza. Como no le decía nada, hizo él otro gesto más enérgico, no pidiendo ya, sino exigiendo, una explicación. Y ella, al fin, sin variar de postura, entreabrió apenas los labios para susurrarle: "I love you". Tan inesperadamente cayó sobre él aquella declaración de amor, y tal sorpresa y asombro le produjo, que en seguida depositó algunos chelines sobre la mesa, cogió su sombrero y su gabán, soltó un cortante "god bye" y se alejó a grandes trancos, para no volver nunca más.

Una vez que ha revivido mentalmnte este pequeño acontecimiento, cruza Alvaro las piernas, tira en un cenicero el cigarrillo a medio consumir, pásase las manos por el rostro y el cabello, mira hacia una porción desnuda de la pared, y musita:

—¡A qué personas más dispares me han conducido las asociaciones de ideas despertadas por aquel beefsteak con patatas! ¡Raich y la inglesita de los cabellos color de paja! ¿Pueden darse dos seres más desemejantes? Para el uno todo es lucha, su vida interior y su vida exterior; en ésta no sólo combate contra el Estado, a fin de aniquilarlo, y contra quienes no admiten el destructivismo, sino también contra la enfermedad que ha invadido su cuerpo; en aquélla no se limita a darle la batalla a sus deseos de vivir entre los libros, egoistamente, sino que procura enfrenar sus ansias de ver, antes de morir, implantando su ideario. Para la inglesita todo es paz: la Universidad, los estudios, el amor, el pensamiento de hacer oposiciones a un puesto público. En Raich actúa lo complejo, en la inglesita lo sencillo. Pero... ¿no estaré equivocado? Lo que le he atribuido a la inglesita lo deduje, en parte, de las observaciones rápidas y de las pesquisas someras realizadas por mí en sus gestos, en sus ademanes, en su manera de sentarse en la mesa, en su modo de manejar los cubiertos; y, en parte, de lo que sobre ella me dijo el camarero. Por consiguiente, mi hipótesis carece de fundamentos sólidos. Muy bien pudiera ser que no todo fuese paz para ella, que el asistir a la Universidad y el estudiar le costasen sacrificios sin cuento, que el amor hubiese arraigado en sus entretelas y atormentase su vida, que al pensamiento en sus futuras oposiciones se uniese la torturante idea del suspenso... Y también pudiera ser que en ella actuase algo más que lo sencillo: la tragedia de poseer un temperamento sensual y sin embargo sentirse tímida; el ansiar una vida llena de esplendideces y verse

hoy obligada a estudiar, privándose de las diversiones propias de su edad, y a trabajar mañana para sostener a su familia; el juzgarse con poca inteligencia para ganar las oposiciones o con demasiado talento para vegetar en una oficina pública... Todo pudiera ser... Hasta que no hubiese verdadera lucha, sino apariencia de ella, en la vida de Raich, y no actuase en éste lo complejo, sino lo sencillo vestido de complejidades. ¡Hasta que la lucha y la paz, lo complejo y lo sencillo, apareados o nó, se disputasen el predominio en la vida de Raich y de la inglesita! Porque... ¿quién que sea un sentimental no es relativo? Y ambos lo eran, o lo son, porque ambos tuvieron el valor de desnudar una porción de su alma frente a un extraño: Raich, extensamente, como correspondía a su facundia; la inglesita, en tres palabras, "I love you", como era propio de su natùral retraído y silencioso.

Hace Alvaro una breve pausa y después exclama:

—A tí, Raich, te digo "hasta luego", no obstante la tuberculosis que te aniquila, porque tengo el presentimiento de que habré de hallarte de nuevo en esta tierra extremista y alardosa. Y a tí, inglesita de los cabellos color de paja, te digo "good bye", porque seguramente jamás te volveré a ver, y si acaso te viere, no te reconoceré: ¡tántas inglesitas andan por el mundo con su traje sastre, su garganta de cisne y sus infantiles ojillos azules!

Pensativo permanece un momento. Luego toma el libro que antes arrojara sobre la cama, se tiende en ésta y pretende nuevamente leer. Lo hace con facilidad. Comprende bien el significado de cada palabra y no ne-

cesita repetir ningún párrafo. Además, llénalo una plácida tranquilidad y un extraordinario bienestar físico. Pero de este bienestar y de aquella tranquilidad sólo disfruta durante algunos minutos, porque de pronto siente en el pecho una extraña opresión. Retira los ojos del libro, los entorna, hace un gesto de desagrado y empieza a respirar fuertemente, como si el aire le faltase. Después mira, con expresión de miedo, las paredes, el piso y el techo de la habitación. Esta le parece un calabozo y experimenta la sensación de hallarse preso. Una angustia tal lo penetra, que de un salto se pone en pie, lanza el libro sobre la butaca, toma el sombrero a prisa, da un portazo, y se echa al pasillo que ha de conducirlo a la calle.
